

iberoamérica como factor de cultura

por Ignacio Sosa

Encontrar el sentido o relación de nuestra historia, la de América, con la historia sin más; historia esta que, por diversos caminos, ha terminado en ser una historia común a todos los pueblos que forman el mundo, es la intención que persigue el autor de *América en la historia*.*

Esta captación de nuestro caudal que intenta converger en el río de la historia, se puede encauzar por dos vertientes:

Asimilación del espíritu europeo que se hace patente en las ideas de originalidad, independencia y soberanía individual.

Empeño en imitar, copiar los frutos de ese espíritu occidental.

La imitación, la calca de ese espíritu, tiende a obtener sus frutos, sin un previo proceso de elaboración; pretendiendo que la adopción de un nuevo espíritu puede realizarse sin problemas, es decir, tiene la convicción de que es posible mutar casi instantáneamente, y que en el nuevo grado de evolución no aparecerán las taras anteriores.

La asimilación solucionaría, antes de alcanzar cualquier fruto, el desequilibrio resultante de la unión de dos o más fuerzas contrarias, para después lanzarse con renovado ímpetu a perseguir nuevas metas.

A pesar de notables esfuerzos, los latinoamericanos se inclinarían por la imitación, en contraste con los anglosajones aposentados en la parte norte de América, quienes tratarían de lograr la asimilación. Esta actitud provoca en los primeros un sentimiento de destierro de la historia, y en los segundos la convicción de que son creadores de ella, al igual que los occidentales.

El sentimiento de destierro se hace cada vez más consciente en nuestros pueblos, los que reaccionan buscando encontrar la actitud que permitió al occidente convertirse en paradigma de la modernidad. De este renovado esfuerzo nos habla Zea. Pero antes de hablar de ello, es necesario explicar la significación del término Latinoamérica o Iberoamérica, el cual estamos empleando implícitamente sin previa explicación. Hablar de Latinoamérica significa algo más que una noción de tipo geográfico. Implica que se ha realizado una labor de análisis que permite la identificación, sobre sus diferencias, de las características comunes o afines de las naciones americanas; a la vez

que permite integrar en un cuerpo coherente una serie de variantes; (Zea en este libro emplea el vocablo Iberoamérica, dándole la significación anotada). Este problema Zea lo resuelve en gran parte con sus libros *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949), *América como conciencia* (1953). Sólo de este modo es posible hablar de Latinoamérica una, hablar de síntesis, cuando se han mostrado las semejanzas existentes entre un porteño y un habitante de Iquitos o de Guayaquil.

La tarea de definir al latinoamericano resulta complicada porque los elementos que lo conforman son compartidos por otros hombres, es decir, no son exclusivos suyos. Zea al intentar definirlo distingue como elemento fundamental su aspiración por participar activamente en la historia del mundo occidental. Esta aspiración, que se ha traducido en violentas luchas, lo ubicaría dentro de unas coordenadas en las que se señala, por un lado, la antítesis entre tradición-modernidad, y por el otro, la existente entre dependencia-independencia. El cruce de estos ejes explicaría el círculo vicioso en el que se encuentra encerrado el latinoamericano: no puede ser moderno, porque es dependiente. No es independiente, porque es tradicional.

Dados estos marcos de referencia, se debe añadir que dentro de este contexto se agita otra tendencia, de la que ya hemos apuntado ciertas características; esta tendencia sería la de pluralidad-unidad. En cada latinoamericano existe la íntima convicción de su grandeza. Si ésta no es palpable, es porque no ha existido un hombre a quien seguir para poder alcanzarla. En lo anterior, quizá, encontremos la explicación de la admiración que se tiene por Guevara, al que se venera no por su credo político,

sino por su entrega a la causa latinoamericana.

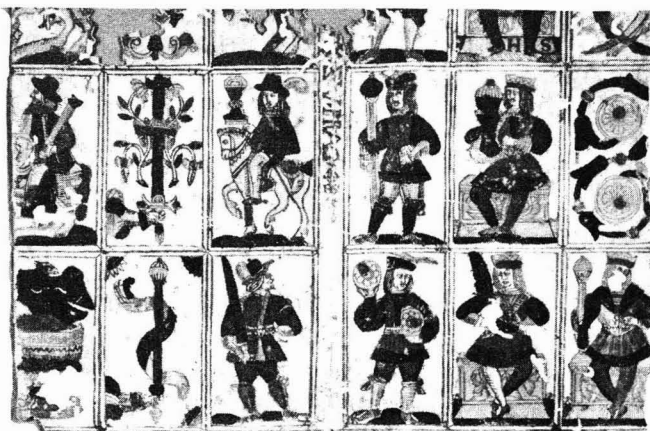
El latinoamericano para superar la antítesis de tradición modernidad, ha recurrido a todo: desde negar su pasado, hasta ¡quién lo dijera! importar europeos para mejorar la raza.

Describir los recursos empleados para alejarnos de la dependencia, en beneficio de la independencia, llevaría varias páginas; pero en ellas no encontraríamos elementos que otros hombres no hayan utilizado o estén utilizando con la misma finalidad.

La aspiración por obtener la unidad a costa de la pluralidad sería nuestra principal característica... si olvidamos esas guerras en las que sólo ha habido vencidos como en la del Chaco y en la del Pacífico; o si nos abstenemos de pensar en la rapiña que han mostrado sus vecinos con el Ecuador, (sin embargo, no debemos olvidar que nuestra agresividad no sólo se orienta contra el hermano; también le hemos hecho la guerra a España, Japón, Italia y Alemania a los que vencimos, quién lo duda, por la inteligencia de nuestros estrategas. Lo que quizá, de pasada, explica la proliferación de gobiernos militares en casi toda América). Además para explicar nuestra aspiración por la unidad, debemos contestar satisfactoriamente el por qué de la balcanización de Latinoamérica iniciada en la época de Bolívar, continuada a lo largo de su historia y tratada de ampliar, con apoyo del exterior, durante las interminables luchas entre liberales y conservadores. Esto como tema de reflexión, resulta árido, porque no es fácil reconocer el hecho de que cinco aldeas se conviertan en cinco naciones; o que se llegue a cercenar a un país para utilizarlo como pasillo marítimo, además de aceptar la creación de minúsculos Estados que ayer formaron parte de un coto de rapiña inglés que se extendía desde las Malvinas, hasta las Bahamas.

Decimos árido porque si bien encontramos un paliativo en las ideas de Bolívar o en las tentativas de Lucas Alamán, también encontramos que los "tratados" de unión latinoamericana, más que estar sellados por la sangre de sus héroes, están firmados por la tinta derrochada por sus fogosos escritores que emplean su genio para describirnos un mundo en el que Latinoamérica es una, y que, sin duda fatigados por el esfuerzo, descuidan problemas tan poco importantes como lo es explicar la forma en que se producirá tan interesante fenómeno.

Desde esta perspectiva la valorización del



* Leopoldo Zea: *América en la historia*, Madrid, Editorial Revista de Occidente, 1970. 256 pp. (Colección Cimas de América).



latinoamericano es incómoda. Resultamos ser como el colibrí que emplea su dinamismo para permanecer en el mismo lugar. Tal vez si buscamos la razón del *statu quo* nos encontremos con una faceta diferente.

¿Qué impide nuestra unidad-independencia-modernidad? A lo largo de dieciséis décadas nuestros hombres han demostrado frecuentemente su interés por finiquitar las trabas que obstruccionan el arribo a esta meta. Sarmiento y Mora, al igual que Bolívar trataron de solucionar el problema. En nuestro siglo Mariátegui nos habla de una juventud revolucionaria que persigue el mismo fin. Las respuestas al problema se multiplican: Muñoz Marín, Figueres, Betancourt, Pinto, Furtado. Pero todo, o casi todo, sigue igual. En 32 lustros hemos derrochado dinamismo para mudar fronteras, constituciones y amos.

Esta serie de fracasos en el campo político y en el económico, provoca un viraje al campo de la cultura, de la filosofía, e invita a una serie de preguntas, a menudo mal disimuladas, y no por viejas menos lacerantes: ¿Seremos realmente inferiores? ¿Será por nuestra sangre? ¿Seremos ahistóricos? Estas reflexiones nos llevan a otra que es angustiante: ¿qué somos? Decimos angustiante por varias razones. Porque en este momento en que tenemos varios compañeros presos en toda Latinoamérica por no estar de acuerdo con la ruta que hemos

tomado ¿no resulta un prurito estéril hablar de nuestras conexiones con la historia? Hablar sobre nuestra ahistoricidad, sobre nuestra marginalidad ¿no parece una actividad ociosa? ¿No es una pose negativa hablar de una toma de conciencia, cuando cualquier escolar sabe que para entrar en la historia del siglo XX, Rusia y China emplearon la violencia, al igual que Cuba? ¿No resulta risible que suspendamos el juicio, al estilo kantiano, y pongamos entre paréntesis los elementos que conforman nuestra realidad, pretendiendo con esto lograr plasmarla en un cuadro esquemático en el que no es posible entender la relación existente entre los valores propuestos en ese cuadro, y los que tienen vigencia en la sociedad?

Gabriel García Márquez, en reciente entrevista, expresaba que le parecía un poco injusto que su obra se conociera al revés, porque la impresión que les daba a los lectores, después de conocer *Cien años de Soledad*, era la de estar leyendo trabajos previos que —si se hubieran leído por su orden— dejarían ver una progresión, una búsqueda a través de todos los libros.

Creemos que a Zea pudiera ocurrirle algo semejante a esto, pues muchas de las interrogantes planteadas en *América en la historia* las ha derivado en *La filosofía americana como filosofía sin más* en una postura que busca definirse por estar finca-

da en “Una realidad que reclama decisiones de extraordinaria urgencia, independientemente de que las mismas encuentren o no su justificación en una determinada filosofía”, pero la postura de Zea es exigente y no termina en la actitud del pintor que da unos pasos hacia atrás para contemplar su obra terminada, sino que obliga a meterse dentro de ese cuadro: “Sólo la acción podría sacar al latinoamericano del empanamiento de una esperanza que nunca se hace presente.”

El reflexionar sobre lo que somos no es una pregunta retórica que invita a la respuesta, fácil por manida, de la filosofía griega. Ni a contestarnos que somos hombres al igual que los del tercer mundo, porque también somos explotados. No buscamos con esto una respuesta original, no pretendemos ser originales, no creemos que busquemos la originalidad y menos para que se nos reconozca; porque el reconocimiento implica aceptación. Buscamos, básicamente, definimos, empleando para ello, en lo posible, una escala de valores diferentes a la que nos ha sido impuesta.

No se trata de crear una cultura para que el occidente nos acepte sino para auto-reconocernos. Creemos que sólo mediante este camino será posible distinguir lo auténtico de lo positivo. Si esto no es así, ¿cómo explicarnos la carencia, por no decir ausencia, de interés por la filosofía occidental en su versión más aceptada? ¿Cómo explicarnos la opacidad de nuestra producción filosófica, en contraste con nuestra brillante narrativa? ¿No será porque aquella maneja una escala de valores ajena, y ésta trabaja en una realidad que le es propia?

La respuesta a las anteriores interrogantes la da Zea al decir que “Ser original implica partir de sí mismos, de lo que es de la propia realidad”. Lo anterior no quiere decir en ningún momento que la cultura americana busque un enfrentamiento con la cultura occidental. Lo que se pretende es que esa capacidad de juicio de la que hace gala el occidental la aplique a sí mismo. Si habla de libertad, exígersela. Si habla de igualdad, que la demuestre.

No somos occidentales por así quererlo, sino a pesar nuestro. Nuestra búsqueda nos ha llevado a la aceptación de sus valores, no porque sean idóneos, sino porque dada nuestra situación histórica es conveniente emplearlos para eliminar la aplicación negativa que se hizo de ellos. Sabemos, desde Descartes, que en una discusión se allanan la mayor parte de las dificultades si se está de acuerdo con la terminología empleada; y como la terminología que conocemos es la de occidente, es por eso que la usamos. Esto no quiere decir que busquemos reconocimiento, sino que por ahora obligarnos las circunstancias abordamos la misma nave que el occidente; lo que explica que pretendamos establecer un entendimiento, fin bastante lejano al de buscar una simple identificación.

En síntesis, lo que Zea pretende a lo largo de su obra es: “mostrar a la cultura occidental que existen otros pueblos, los pueblos del continente americano, que también hacen cultura, que poseen una cultura”.